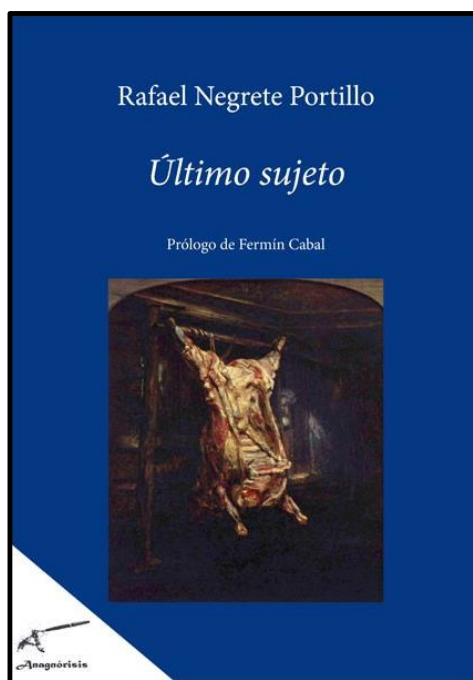


Último sujeto de Rafael Negrete Portillo Editorial Anagnórisis

Miguel Ángel Mañas
miguelangelcasamian@gmail.com



NEGRETE PORTILLO, Rafael,
Último sujeto, Editorial
Anagnórisis, 2012, 134 pp.
ISBN 978-84-15507-09-3

Él, uno de los personajes del texto expone las razones de un asesino. Una de ellas es que está programado así.

Todas las sociedades tienen su programación y no debe dejarse nada al azar, a la anarquía. Un asesino en serie programa sus actos en función de sus necesidades y salvo excepciones, la desorganización está ausente.

Pero quién programa a un asesino en serie.

Todos los mencionados en el texto que nos ocupa son asesinos reales, que viven guardados en un fichero distinguido del de las víctimas, donde el personaje de *Silencio* se ocupa de darle voz a éstas porque casi siempre son

ellas las olvidadas y lo único que sobrevive al transcurso del tiempo y a la memoria colectiva es el asesino que les quitó la vida.

Quizá tengamos aquí una pista de quién programa a un asesino en serie. Los medios de comunicación se ocupa y ocuparán de dar vida y trato preferente a todo lo que se refiera a estos sujetos y los muertos serán nombrados por un número, robándoles lo único que les quedaba: su identidad. Por eso *Él* es la voz de los asesinos y *Silencio* es la voz de los muertos, preocupado, este último, de que quede constancia, todo bien custodiado en un fichero, cuyas fichas deben servir para que nadie olvide lo que ocurrió y lo que puede volver a ocurrir.

Un asesino mata, y tiene sus razones y el autor las presenta, porque él no es quien para juzgar a los personajes, a los asesinos que salpican con su voz el ancho y largo del texto. Él plantea interrogantes y nos mueve a preguntarnos de dónde nace un asesino y que índice de responsabilidad tiene la sociedad no ya en su nacimiento, pero sí en su crecimiento y desarrollo. Alguien mata al azar a una parte de esa sociedad y la otra parte la alaba, le erige altares, espera casarse con él o con ella, incluso sueña con ser potencial víctima... Damos respuesta entonces a la primera cuestión que se planteaba es esta exposición. El hijo de Sam lo afirmó: estoy programado así. Y vosotros tenéis parte de culpa, le hubiese faltado afirmar

El texto también se ocupa de qué pasa con estos individuos cuando son detenidos y condenados. La progresión sigue su curso y la sociedad se siente aliviada y a la vez liberada, pero no porque el sujeto esté entre rejas, sino porque es perfectamente posible llevar la fantasía hasta límites insospechados. Es entonces cuando nuevos dioses aparecen. Estos dioses escriben sus memorias, dando buena cuenta de todos sus crímenes y los ejemplares se venden por millones, llegando después a las salas de cine o a una sala de teatro...

Uno de los espacios creados por el autor es una sala de despiece. Imposible ser más explícito aunque Negrete Portillo va más allá. También es una sala de despiece del comportamiento humano y de cómo una potencial



víctima actúa y se enfrenta a la amenaza y juego de un asesino. Dos personajes confinados en este espacio escenifican dos potentes miradas y que ofrecen un contraste muy interesante. El miedo en contraste con la razón, es decir; lo que uno hace cuando es amenazado y lo que uno pone en práctica para comprender por qué el otro amenaza. Este personaje es el que sirve para extrapolar a esa parte de la sociedad que no se conforma con tildar de loco a un asesino. Quiere comprender por qué mata, estudiando su pasado y metodología, profundizando en las razones para tener un diagnóstico aproximado y que servirá para otros futuros casos, aunque en algunas sociedades a la vez que se estudian, son condenados a muerte. El autor lo define perfectamente al decir:

Cuanto más conozcamos el funcionamiento de algo, más podremos controlarlo.

Y con esta premisa, la trama da un giro, un brinco que abre nuevas posibilidades argumentales y que renueva la teoría sobre el control que se puede ejercer sobre una sociedad y si todo lo horrendo que la azota, nace propiciado por aquellos que la estudian y analizan, distanciándose de todo lo que pueda significar empatía e igualdad. Otros dioses aparecen y en connivencia con oscuros poderes, sectores de población son observados, expuestos en una suerte de tablero de ajedrez en donde se aplican todas las estrategias necesarias para poner a los ciudadanos en una situación de peligro, en obligar a decidir, a tomar partido por un dilema en concreto.

Último sujeto nos invita a reflexionar sobre qué papel jugamos en dicho tablero. El dilema de la supervivencia convierte en excusa cualquier acción y el dramaturgo consciente de ello, propone un juego de acciones imbricadas en este propósito. Y de nuevo surge una de sus líneas principales: el investigador/asesino y el investigado/víctima.

Más allá de cualquier conspiración, el autor se atreve de forma muy inteligente a lanzar la posibilidad de si esos asesinos no son en realidad



experimentos que necesitan mezclarse con la población para impartir clases magistrales de miedo.

Porque es el miedo lo que mueve montañas, y no la fe. Dioses del temor que ejercen su amenazante poder sobre el común de los mortales y que deben ser atenazados para ser manejados sin problema alguno. La sombra del crimen de estado cobra fuerza y esto en sí mismo ya constituye un dilema.

Elisabeth, uno de los personajes lanza una serie de preguntas que sirven para cerrar este texto.

¿Quién es capaz de marcar los límites de los propios límites?

Esa es la labor de un dramaturgo que se precie de serlo: lanzar preguntas, invitar a reflexionar.

Somos sujetos, últimos sujetos cada uno a nuestra manera, supervivientes de experiencias a veces dolorosas, a veces gritamos y lloramos y otras veces tratamos de razonar para comprender que hacer y cómo seguir adelante. Rafael Negrete Portillo quiere que sigamos adelante preguntándonos sobre nuestra propia vulnerabilidad, porque como el bien escribe, ¿quién se atreve a afirmar que no es vulnerable?

